

Ensayos del fin del mundo

Emiliano Castro

Estamos viviendo un acontecimiento histórico. No es momento de mermar su carácter de evento reduciéndolo a lo pasado. En estos meses hemos visto a varios filósofos ofrecer opiniones a la carrera sobre lo que estamos viviendo y han pecado, en muchos casos, de simplemente reducir este acontecimiento a sus viejas categorías; quedando, de facto, excedidos por esta nueva realidad. Tal vez no es tiempo de dar sentido a la pandemia sino de dejar que nos atraviese, que nos abrume, que nos exceda. Y, justamente, llevar a la palabra esta bruma, estos excesos. Hasta que esto termine, toda lectura es provisional, temperamental y localizada. Entonces, más que tesis, quiero lanzar aquí ensayos. Intentos de llevar a la palabra experiencias muy locales, muy templadas, muy provisionales. A fin de cuentas, creo que es mi primera vez viviendo el fin del mundo.

A continuación dos ensayos en torno a la pandemia: “¿Será éste el fin del mundo?” seguido de “¡Quédate en casa!”.

¿Será éste el fin del mundo?

A inicios de marzo, justo el día que supimos que la universidad cerraría por la cuarentena, preguntaba en broma a un amigo: “¿Será éste el fin del mundo?”. Más que en tono melodramático, lo preguntaba con decepción.

En las últimas décadas, el cine nos ha ofrecido un sinnúmero de relatos sobre el fin del mundo. Estos relatos siempre presentan una estructura argumental clásica, con introducción, nudo y desenlace. Se descubre la amenaza y ésta llega a un momento climático en que se opera algún tipo de decisión que nos lleva a un desenlace con el fin o no de la humanidad. Ya fueran meteoritos u otros cuerpos celestes o desastres naturales, enfermedades, monstruos, zombies, sequías, infertilidad, guerras nucleares o lo que sea; el fin siempre parecía un gran acontecimiento pleno de sentido, un quiebre, un fin muy determinado. Como la muerte del héroe, que es herido en batalla y logra decir sus últimas palabras antes de, en un instante, sucumbir; La humanidad heroica, herida de muerte por algún desastre, expresa su despedida con alguna frase inspiradora o una confesión de amor o un abrazo antes de que, de un golpe, caiga el meteorito o exploten las bombas y todo termine. Y no falta el caso en que, de último momento, se envía una misión de sobrevivientes al espacio para escapar del desastre y encontrar otro planeta para devastar, digo, para habitar.

En cambio, este posible fin del mundo ha sido un proceso menos teatral, menos cinematográfico. Ha sido un proceso gradual que ha pasado de una nota al final del noticiero, a un tema de exótico morbo por el “lejano oriente”, hasta convertirse en nuestra principal preocupación. Ha sido un proceso lleno de información contradictoria, lleno de cifras, estadísticas y proyecciones. En vez de un narrador que dé sentido a lo que pasa, tenemos a políticos y locutores dando discursos y compilando opiniones. Y, sobre todo, da la sensación de que nadie sabe qué va a pasar.

En redes sociales abundan los chistes en torno a esta diferencia. Se suponía que el fin del mundo nos hallaría al estilo de *Mad Max*, con armaduras de cuero y metal y carros

modificados; no en pijama en nuestras casas, tendidos en cama frente a la pantalla. ¿Dónde está el Bruce Willis de nuestro *Armagedon*? ¿Dónde están los héroes americanos que salvan a la humanidad? ¿Dónde están las naves espaciales para escapar de la tierra? ¿Serán las últimas palabras de esta heroica humanidad un meme nihilista compartido en redes sociales? Y sobre todo ¿dónde está el final? En las películas el final siempre llega de forma oportuna, pero ahora nadie muestra la cartulina de “fin” ni ruedan los créditos. Contra las claras tramas del fin del mundo en el cine, ahora da la impresión que el fáctico fin del mundo nos alcanzará mientras nos seguimos preguntando “¿será éste el fin del mundo?”.

Ahora bien ¿es éste el fin de la humanidad? No lo sabemos, y esa es justo la cuestión. Los finales del mundo que hemos imaginado tienen siempre una dimensión narrativa, o sea, están plenos de sentido. Pero la muerte fáctica nos enfrenta más bien con el límite del sentido. Y lo mismo puede decirse tanto de la muerte individual como del fin completo de la especie.

En las películas, la muerte se presenta como un claro final. Los personajes, como entidades narrativas tienen un clímax y un desenlace definidos. Como decía, el héroe alcanzado por una bala pasa de su viril estatus de hombre de acción a una corta agonía (con la mano sosteniendo la carga de sangre falsa bajo la camisa) en que logra dar alguna resolución a su arco narrativo para luego, en un segundo, dar un suspiro, relajar los músculos, echar la cabeza atrás y cerrar los ojos, dejando claro al público que ha fallecido.

En cambio, los seres humanos no somos sólo entidades narrativas, también somos entes orgánicos y, como tales, nos descomponemos. Varios asesinos han dado el lúgubre testimonio de que es mucho más difícil matar a un ser humano en la vida real que en las películas. No basta con ahorcar por unos segundos, o una bala en el pecho o una puñalada en el estómago. Y, sobre todo, la muerte no llega tan definitivamente como en las películas. Parece que la frontera entre vida y muerte no es tan clara en los seres orgánicos. Ya entrado el siglo XXI, con todas nuestras tecnologías médicas, sigue habiendo caso de personas que son declaradas muertas y vuelven a la vida. Los casos de Kevin Santos en Brasil en 2014, Carlos Camejo en Venezuela en 2007 y la bebé prematura Luz Milagros en Argentina en 2012 son ejemplos de esto. La frontera entre vida y muerte no está tan perfectamente dibujada para los seres orgánicos como para las entidades narrativas, al punto de plantear problemas hasta a los especialistas para dibujarla.

En su *Estudio sobre Dogen*, Masao Abe acusa el origen de la idea de que vida y muerte son cosas diferentes, con una frontera bien definida, a la tradición cristiana. En el cristianismo, la vida y la muerte se dan históricamente por separado. La muerte es un castigo temporal que da dios a los seres humanos que, afirmando su autonomía, lo desobedecieron. La historia comienza con la salida del edén y el inicio de la muerte. Asimismo, con el fin de la historia vendrá la resurrección y, con ella, el fin de la muerte. En otros términos, la muerte no es consustancial a la vida, es algo separado, un accidente de la vida. Al punto que no sólo hubo un tiempo en que hubo vida sin que hubiera muerte, sino que vendrá un tiempo

en que termine la muerte y sólo quede la vida. Llama la atención también que, en este mito, el fin del mundo no lleve la marca de la muerte, sino la marca de la vida¹.

Pero, las muertes de los seres orgánicos son más procesos de descomposición que el final instantáneo del cine. A despecho de la imagen cristiana, la muerte no es un accidente de la vida, sino que es la vida un proceso de muerte. Nuestros cuerpos van cambiando y, a cada momento van muriendo. La muerte no vendrá en el futuro, sino que ya estamos en el proceso de muerte en todo momento. No es la muerte diferente de la vida, sino su contracara. No hay dualidad vida y muerte porque no son dos cosas, sino una.

Pero esto qué dice sobre la pregunta que nos ocupa “¿será éste el fin del mundo?” Si no lo es, al menos nos ha dado una probada de este inevitable proceso en el que ya nos encontramos. Tomando la frase de Heidegger, en el momento en que comenzó la humanidad, ya era lo suficientemente viejo para llegar a su fin. La humanidad está acabando, de eso no hay duda. La pregunta más bien es si, en la actual pandemia, veremos este proceso culminar.

Volviendo a los imaginarios del fin del mundo en el cine, no cabe duda que la propia historia los ha ido cambiando. Pasamos de Godzilla a las bombas atómicas a las invasiones alienígenas a los ataques biológicos a los ataques rusos a los desastres naturales y fenómenos celestes al terrorismo. También la forma en que los desastres se imaginaron cambió mucho. En los años 50s solían verse estos cataclismos a la luz de la sala de guerra de la segunda guerra mundial. En los 60s y 70s se solían vivir a pie de calle como los reportajes de la guerra en Vietnam o la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos. En los 90s vemos el drama desahogarse en los noticieros. En los 00s encontramos un cambio en que, estos desastres vienen acompañados de la experiencia del civil contada a través de grabaciones caseras. Vemos a multitudes confundidas andar entre los escombros, guiadas por personal militar gritando órdenes. Vemos hospitales de campaña improvisados en carpas atendiendo a los heridos. Estas imágenes están mediadas por experiencias de desastres como los atentados terroristas tan característicos del cambio de siglo. La gente vivió estos pequeños apocalipsis en las noticias y exigió a sus ficciones ponerse a la sombra altura de la realidad. ¿Cómo la pandemia cambiará nuestro imaginario del fin del mundo para la tercera década del siglo XXI?

Esta experiencia nos ha dado una probada de fin del mundo. Un fin del mundo que solemos imaginar de forma cinematográfica, de forma narrativa, de forma apocalíptica, en una palabra, de forma cristiana. Se nos está presentando más bien como parte de un proceso orgánico gradual. Más que el fin, es parte de un proceso de extinción.

Se dice que una especie se extingue cuando su último ejemplar muere. Pero, igual que la muerte, la extinción es un proceso. Suele comenzar con una merma significativa de miembros de una especie. Esto afecta el rol que dicha especie juega en su ecosistema. Luego vienen las extinciones locales (desaparición de la especie en una zona); después poblaciones con números cada vez más pequeños, hasta llegar al punto que las poblaciones

¹ Cf. Masao Abe, *A Study of Dogen, his philosophy and religion*, State University of New York Press, Nueva York, 1992, pp. 170 – 171.

son tan pequeñas, maduras y distantes que no son capaces de reproducirse lo suficiente para sostener la especie.

Podemos atestiguar en youtube, por ejemplo, un video de Benjamin, el último ejemplar conocido del tigre de Tasmania en cautiverio². En un trágico minuto, este último sobreviviente se pasea por su jaula con el destino de su especie ya escrito. Nos recuerda a Vincent Price en *El último hombre en la tierra*. Probablemente, la extinción de la humanidad termine con unos cuantos Benjamines tan aislados, tan maduros, tan enfermos, tan pocos que, sabiéndolo o no, serán los últimos ejemplares de la especie humana.

En el *Noé* de Aronofsky, se desenvuelve un interesante drama misantrópico en este sentido. Siguiendo de forma libre la historia bíblica, nos encontramos a Noé con su familia resistiendo al diluvio en el arca. La familia ve con esperanza el nuevo comienzo pero Noé les aclara que, si bien dios los ha salvado como individuos, eso no quiere decir que en el nuevo mundo deba continuar la humanidad. Piensa él que su familia ayudará a establecer el nuevo mundo, hasta que su descendencia muera y, con ellos, termine su especie. Esto genera un tremendo conflicto cuando descubre que Ila, su hija adoptiva, está embarazada. Este Noé es como un Benjamín que no sólo se reconoce como el final de su especie, sino que reconoce dicho fin como necesario. ¿Cómo será la última decisión de los Benjamines y Noés de la humanidad? En palabras de Nietzsche, ¿Cómo llegará a su fin el más altanero minuto de la historia del universo?³

Pero bueno, sin más rodeo, ¿será éste el fin del mundo? Vale decir que la extinción de la especie humana no es lo mismo que el fin del mundo. Siguiendo el modelo biológico expuesto arriba, seguramente muchos mundos se acabarán antes de que por fin la especie humana se extinga. Un mundo es un horizonte de sentido, la forma en que los seres humanos nos posicionamos y tender relaciones entre nosotros y con lo otro de nosotros.

Para que se extinguiera la humanidad tendríamos que acabarnos los 7,700 millones que somos. Pero para acabar con nuestros mundos, basta una merma de unos cuantos para transformar nuestras relaciones entre nosotros y con el medio. Sin duda esta crisis de pandemia traerá grandes cambios en nuestra forma de estar en el mundo y con los otros. No sólo por las más de 300 mil personas que han muerto, sino por las medidas sanitarias y económicas, los nuevos miedos al contacto, nuevos hábitos, nuevas relaciones, los cambios en los tránsitos, las medidas de los gobiernos y demás. Por todo esto, no cabe duda que esta pandemia es el fin del mundo, de un mundo.

La idea del fin del mundo no es única a la tradición cristiana, pero sí es peculiar a las interpretaciones de Agustín y Joaquín de Fiore la idea de que el fin del mundo es un horizonte para el futuro. Es una idea cristiana pensar la historia como algo que tuvo un comienzo, tiene un cierto proceso que la dota de sentido y va a un desenlace. En otros términos, la imagen narrativa de la historia es de carácter cristiano. No es de sorprender que la cultura que se construyó sobre las bases del cristianismo generara un imaginario narrativo del fin, tanto de la vida individual como del mundo.

² En línea: <<https://youtu.be/6vqCCI1ZF7o>> [Consultado el 13 de mayo de 2020].

³V. Friedrich Nietzsche, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Tecnos, Madrid, 1996.

Dicen, en cambio, que las tradiciones de la India no conocen este sentido de historia. Si le preguntaras, por ejemplo, a algún sabio de la India sobre el fin del mundo te contestaría: “¿Cuál de todos los mundos? ¿Cuál de todos los finales?”. Hablando de la cosmología Budista, por ejemplo, Buddhagosa describe un sistema de mundos (*lokadhātu*) en un ciclo de expansión y contracción. Cada contracción implica la destrucción de ciertos niveles materiales del universo, habiendo algunas que barren con todos⁴. El mundo empieza y acaba de distintas formas un sinnúmero de veces. Si le preguntaras a Buddhagosa por el fin del mundo, te contestaría que el mundo se ha terminado y desplegado infinitas veces; y los distintos planos de existencia han aparecido y desaparecido conforme ha habido seres que los habiten.

Por su parte, en el Chilam Balam de Chumayel, relato anónimo de cultura Maya, encontramos otro testimonio del fin del mundo. Dicho fin comienza con la llegada del hombre blanco con barba roja desde el oriente. “¡Ay, será el anochecer para nosotros cuando vengan! [...] Arderá la tierra. [...] ¡Ay, pesada es la servidumbre que llega dentro del cristianismo! ¡Ya está viniendo! ¡Serán esclavas las palabras, esclavos los árboles, esclavas las piedras, esclavos los hombres, cuando venga! Llegará...y lo veréis”⁵.

Los mayas tienen una cosmovisión de ciclos o soles de destrucción y renovación. Cuando la conquista trajo el cristianismo y sus relatos apocalípticos, se dio un proceso de sincretismo. Este sincretismo llevó a interpretar la propia llegada del cristianismo a tierras Mayas como un apocalipsis. Llama la atención que utilicen imágenes cristianas del apocalipsis para describir al propio cristianismo. Como señala Yuderkys Espinoza, los pueblos originarios identificaron los procesos coloniales como el fin de su mundo. Pero, debido a su cosmovisión cíclica, imaginaron también nuevos fines y nuevos comienzos del mundo más allá del colonialismo⁶.

Para el filósofo japonés Nishitan Keiji, el fin del mundo no debe entenderse de forma objetiva, como algo que va a pasar en el futuro, sino como la conciencia de que la muerte ya está siempre aquí. Para Nishitani la realidad tiene una doble exposición de vida-muerte a la vez. La flor más bella es la que ya se marchita y nuestras grandes ciudades ya son ruinas. Piensa él que los mitos apocalípticos cíclicos del budismo buscan justamente enfatizar que el mundo está siempre acabando. Nuestro mundo ya está siendo consumido por las llamas o los vientos. El apocalipsis no vendrá en el futuro sino siempre acaece en el ahora.

En su vida cotidiana, continúa Nishitani, el ser humano se mueve en un campo en que él es el centro de la creación y todo está hecho para servirle. Pero esta contracara de la vida abre un abismo bajo sus pies que, de un momento a otro, puede convertir a este centro de la creación en un signo de interrogación, hundiendo todo en la gran duda. El campo de

⁴ Cf. Juan Arnau, *Cosmologías de India*, Fondo de Cultura Económica, México, 2012, pp.143-145.

⁵ *Chilam Balam de Chumayel*, 99-100.

⁶ Yuderkys Espinoza, *Repensando el apocalipsis: un manifiesto indígena antifuturista* [en línea], <https://lavoragine.net/manifiesto-indigena-antifuturista/?fbclid=IwAR3UM8vln2li_FVM3O3PYpEsjwFrgt6JqyjypeEw9aJXCZE1h2W-F6fm-XI> [Consultado el 14 de mayo de 2020].

muerte, que siempre está bajo nuestros pies, es el límite de las aspiraciones de la subjetividad incondicionada de controlarlo todo⁷.

Concluyendo, ¿Será este el fin del mundo? Yo pienso que sí. Esta pandemia transformará nuestras formas de relacionarnos y de habitar la tierra. Ha cambiado nuestras distancias, nuestra relación con nuestros cuerpos y los de los otros. Se ha puesto en duda nuestro rol dominante en el planeta. Con toda nuestra técnica, instituciones y planes, bastaron unas simples cadenas de ARN recubiertas de grasa para poner todo nuestro mundo entre signos de interrogación.

Ahora bien, recordemos la carga positiva que las distintas tradiciones dan al apocalipsis. El fin del mundo traerá una marca de vida, de renovación, de nuevos despliegues. Qué planos de existencia serán consumidos por las llamas del apocalipsis para no volver nunca a ser habitados, eso depende de nosotros⁸. ¿Queremos un nuevo sol en que volvamos a desperdiciar horas de nuestra vida en el transporte público o atorados en el tráfico para llegar a trabajos inútiles que en nada reproducen la vida? ¿Seguiremos añorando supermercados ostentosos llenos de mercancías de todo el mundo, transportadas a toda velocidad sin el menor empacho por el medio ambiente? ¿Será, de nuevo, nuestra casa y nuestro barrio sólo un dormitorio para reponernos y volver al centro de trabajo? Como señaló Zizek⁹, ¿cómo volveremos al viejo acelerare después de haber probado un mundo realentizado? ¿Seguiremos mandándonos mensajes cariñosos para darnos ánimos? ¿Volverá lo lejano a ser lejano y lo cercano a ser cercano?

A veces, cuando este fin del mundo me abruma, pienso que ese mundo que parece tampoco era tan maravilloso. Imaginemos el fin del mundo más bien como posibilidad. Si sobrevivimos a esto, habrá que preguntarnos ¿para qué valía la pena vivir la vida? ¿Cómo queremos que sea el nuevo sol? Habrá cosas que tarden mucho en volver y otras que tal vez nunca vuelvan (¿cuánto pasará antes de que nos reencontremos entre sudor y golpes en el slam de un concierto?), pero este inesperado grito de alto a la vorágine progresista moderna nos ha dado una probada de otras formas de vivir. Que este Armagedón sirva para volver a revolver las fichas de este dominó que es nuestro mundo, para así poder imaginar nuevas estrategias para habitarlo. Tal vez es un tonto consuelo pero, como dijo R.E.M., “es el fin del mundo como lo conocemos, y me siento bien”.

⁷ V. Nishitani Keiji, *La religión y la nada*, Siruela, Madrid, 2003.

⁸ El abordaje de los ciclos y el fin del mundo para los pueblos originarios de América Latina está fuertemente inspirado en el trabajo de Rebeca Jiménez; muy querida y admirada colega que siempre ha sido mi referente en el pensar desde nuestras latitudes latinoamericanas y desde nuestros pueblos. Para la cuestión de los ciclos y la pandemia, recomiendo ampliamente su texto “Arar la vida: Alternativas para estados angustiados” [en línea] <<https://libertariafanzine.wordpress.com/2020/05/17/arar-la-vida-alternativas-para-estados-angustiados/>> [Consultado el 16 de mayo de 2020].

⁹ Slavoj Zizek, “Un claro elemento de histeria racista en el nuevo coronavirus”[en línea], <<https://www.bloghemia.com/2020/03/slavoj-zizek-un-claro-elemento-de.html>> [Consultado el 14 de mayo de 2020]

“¡Quédate en casa!”

“Salva vidas, ¡quédate en casa!”. La ciudad de México está tapizada de carteles con este mensaje. Lo que antes era símbolo de apatía (no salir a la calle), hoy es la única acción que nuestros gobiernos nos asignan para combatir la pandemia. Activistas por el derecho a la vivienda han señalado, con toda razón, que *para quedarse en casa hace falta tener una casa*. Pero, tal vez, el alcance de este diagnóstico va más allá de las personas sin techo y pregunta por la forma en que los seres humanos modernos moramos en la tierra. Ya Heráclito decía que en la morada del ser humano está su destino. La cuarentena nos ha regresado a la casa pero, ¿qué casa nos queda?

El *oἶκος* es más que un techo y unas paredes, es nuestro asentamiento (*weyk-*), nuestro hábitat, nuestro mundo más inmediato. La reducción del hábitat que ha implicado el “¡Quédate en casa!” ha traído un trastorno en todas nuestras dimensiones de mundo. Esos lugares que antes recorríamos y nos eran familiares, donde nos sentíamos como en casa, hoy se sienten distantes, lejanos. Tanto Heidegger como Virilio han acusado a la modernidad y sus tecnologías de la velocidad de reducir todas las distancias¹⁰. Ahora, en cambio, asistimos a un proceso contrario. Lo que era cercano ahora se siente distante. Qué lejos se siente ahora el mercado o la tienda, más lejos aún la escuela, el parque o el centro comercial; y los otros países, que antes sentíamos al alcance de un vuelo, hoy parecen otros planetas.

Por otro lado, para quienes tenemos el privilegio de poder hacer la cuarentena, nuestra casa han vuelto a ser este techo y estas cuatro paredes. Pero esta casa en que la cuarentena nos impone quedarnos no es necesariamente habitable. Algunos nos hemos encontrado con espacios que antes sólo usábamos de dormitorio, ahora vueltos el escenario de toda nuestra vida. Otros nos hemos reencontrado con nuestras familias y otras personas con quienes compartimos el encierro. Hemos reconocido a los vecinos, a la tienda, al mercado de la colonia. Hemos vivido un regreso al prójimo, el mundo de lo cercano.

Pero estos reencuentros no han sido siempre afortunados. Durante la cuarentena, en México, las denuncias de violencia intrafamiliar se han tetraplicado. Las violencias que atraviesan a las personas en esta sociedad han sido encerradas por el “¡Quédate en casa!” entre cuatro paredes.

Benvenuto vaticinaba, al inicio de esta crisis, que una de las consecuencias podría ser que nos volviéramos más hogareños¹¹. Pero para volvernos hogareños no basta con encerrarnos entre cuatro paredes, hace falta volver a *hacer casa*.

Agreguemos a esto que, con las carencias del sistema médico, muchos de los cuidados de las personas enfermas han sido relegados a la casa y a las familias. Esto no es nuevo. La casa ha sido vista tradicionalmente como el campo del cuidado y la reproducción de la vida.

¹⁰Cf. Martin Heidegger, *Conferencias y Artículos*, Serbal, Barcelona, 2001, p. 121 y V. Paul Virilio, *El ciber mundo la política de lo peor*, Cátedra, Madrid, 1997.

¹¹ Sergio Benvenuto, “Benvenuto in Clausura” [en línea], <<https://antinomie.it/index.php/2020/03/05/benvenuto-in-clausura/>>

Por eso el patriarcado la ha puesto en potestad de la mujer. En este modelo tradicional, mientras el hombre sale a trabajar para traer los insumos, la mujer es hecha responsable de convertir estos insumos en cuidados, comida, abrigo, medicina, crianza y, en una palabra, en vida.

En su *Antropología del paisaje* Watsuji compara al occidental y al japonés a partir de su experiencia de la casa. La casa japonesa, piensa él, es la morada de la familia, célula fundamental de la sociedad japonesa. Entre la casa y el exterior hay una marcada barrera, enfatizada por el acto de quitarse los zapatos al entrar. En cambio, el interior de la casa sólo está delimitado por paredes de papel para mantener cierta intimidad pero, en el fondo, no hay separaciones. Tiene la casa una habitación destinada a recibir a los visitantes, para proteger la intimidad familiar del resto del hogar. En esta casa, las distintas generaciones coexisten y se ayudan, son una familia, una unidad.

En cambio, ve Watsuji con sorpresa la casa occidental. El occidental tiene llave hasta en la puerta de su habitación, como si viera todo, fuera de ella, como el mundo exterior. En la habitación reside el individuo, la familia es ya parte del mundo exterior. En contraste, el occidental suele reunirse con amigos en el café o el parque como si fueran parte de su casa. A la vez que pone una barrera de intimidad, desconocida para la casa japonesa, en la habitación individual, parece extender su hábitat más allá de las puertas de la casa, hasta las murallas de la ciudad. El occidental habita su ciudad. El japonés habita su casa¹².

Más allá de lo idealizada que puede ser esta visión de la casa japonesa, queda preguntar: ¿Qué será del occidental que pierde la ciudad que habita y es devuelto al último bastión de intimidad que es su habitación? Como he dicho, el “¡Quédate en casa!” nos ha impuesto el reto de *hacer casa*, redefinir nuestras distancias y nuestras relaciones con el prójimo y lo próximo.

Sumemos que, ante las carencias de nuestra casa real, nos hemos ido haciendo morada en el espacio virtual. Habitamos el ciberespacio y nos asentamos en sus campos de información normada y codificada. Durante la pandemia, los países de la OCDE han reportado un aumento del 60% en el flujo de información en internet. Yendo en contra de Virilio una vez más, este ciberespacio nos permite volver prójimo al que, en el espacio real, se encuentra lejos¹³. Las reuniones en internet, videollamadas, servicios de mensajería, plataformas multimedia, foros, redes y los otros territorios del internet se han vuelto el alivio a nuestra claustrofobia. Ha sido nuestra línea de seguridad con los distantes. Incluso, prácticas como el sexting nos han permitido mantener vivo un poco de nuestro contacto íntimo con otros, permitiendo reencontrarnos con esos cuerpos erotizados que, por lo demás, se han vuelto distantes y peligrosos.

Lejos de las lecturas maniqueas de inicios del siglo XXI que veían el internet como la completa pérdida de libertad y del mundo real o como el inicio de la utopía pirata que traería la emancipación y horizontalización de la información; en la tercera década del siglo

¹² V. Watsuji Tetsuro, *Antropología del paisaje, clima, cultura y religiones*, Sígueme, Salamanca, 2006.

¹³ V. Paul Virilio, *El ciberespacio la política de lo peor*, Cátedra, Madrid, 1997.

lo podemos reconocer como un espacio público que habitamos y en que transcurre nuestra vida. El internet es un espacio con relaciones jerárquicas y de monopolio de poder. Internet es de quien lo codifica y monopoliza la información, entidad a la que el mundo cibernético reduce todo, en sus plataformas codificadas. En estas plataformas el usuario es “libre” de escoger entre un puñado de opciones que da el algoritmo y es seducido a entregarse más y más como información para disfrutar las comodidades de dichas plataformas. Pero lo mismo puede decirse de cualquier lugar público en el espacio físico. *Quien codifica el espacio público ejerce su poder sobre el público que ocupa ese espacio.*

Pero también, al igual que un parque es diseñado para que el público de oficinistas descansa puede ser resignificado y apropiado por las personas que, en cambio, lo okupan para dormir, o hacer arte callejero o patinar o poner un mercado o lo que sea; los espacios codificados del internet están siempre abiertos a nuevas formas de okuparlos en que los usuarios dejan de ser un público pasivo y los resignifican. Así como los códigos de la ciudad no logran parar al puesto que vende tacos en la calle o al artista del grafiti que convierte los puentes en lienzo o al patinador que convierte la banqueta o el estacionamiento en un espacio comunitario de expresión artística; ni Google ni Facebook logran impedir que entre sus códigos se abran espacios de disidencia para “usar mal” sus plataformas, okuparlas y resignificarlas. Y así como el policía persigue al vendedor ambulante y éste busca nuevas formas y lugares de resignificar lo público con su lona y sus productos; los señores del código estarán siempre en guerra por cerrar las brechas en su control, entre las que se abren infinitas posibilidades de okupación.

En fin, ni utopía ni prisión. Esta cuarentena ha reforzado el lugar del internet como uno de los campos fundamentales en que habitamos, donde nos encontramos con los otros y lo otro. Para *hacer casa* en este tiempo, es fundamental tener presente cómo moramos el ciberespacio. No olvidemos que, en el contexto de la pandemia, los gobiernos han amenazado con avanzar su control de los habitantes del ciberespacio a través de nuestra información. Estados de excepción amenazan tanto nuestro mundo virtual así como nuestro mundo real.

Retomando a Watsuji, la vida del ser humano occidental se ha desahogado entre dos casas. Una pequeña y empobrecida bastión íntimo destinado a la reproducción de la vida, (usando esta frase en otro contexto) la *casa chica*. Y otra que se amplía hasta las fronteras de la ciudad y más allá, la *casa grande*. El patriarcado había dividido estos dos reinos entre los géneros, siendo la casa chica responsabilidad de la mujer como cuidadora de la vida; y la casa grande, del trabajo asalariado, responsabilidad del hombre como proveedor. Claro que, a lo largo del siglo XX, la casa grande requirió del trabajo de ambos géneros, sin borrar el prejuicio de que la casa chica es también responsabilidad de la mujer. En fin todos quedamos a la merced de esta casa grande que tiene su propia ley, una ley ajena, autónoma y que nos sometes. La ley de este *οἶκος* es la economía. Y esta economía clama por que pronto termine la cuarentena, cueste lo que cueste, para que todos volvamos a alimentar y sostener la casa grande.

Habitábamos la casa grande de las ciudades, las recorríamos entre el tráfico y el transporte público insuficiente, comíamos en sus puestos, descansábamos en sus banquetas pero, en esta casa, siempre andábamos como en casa ajena. ¿Para qué tanto sacrificio? Para sostener la economía y que ésta nos dispense unos pesos para sobrevivir. Todo sacrificio es válido

por la economía, todo éxito se medía según su regla. Y hoy que la cuarentena nos ha marginado a varios de esta casa grande, su economía clama que volvamos a seguir rindiéndole culto. No sea que la economía colapse.

Esta crisis nos ha forzado a volver a casa y, aunque pase la cuarentena, el reto de volver a hacer casa seguirá en la orden del día. Nuestro pequeño mundo se nos hizo grande. Los cosmopolitas pasaremos a habitar nuestras pequeñas moradas, nuestras casas, nuestros barrios. Tendremos que reencontrarnos con nuestros prójimos y resignificar nuestras vidas más allá de la economía. Con la crisis del gran mundo de la casa grande, tal vez se abran espacios para pequeños mundos organizados desde lo local, normados desde la casa, desde el barrio, desde nuestras necesidades y las del resto de nuestro ecosistema; en una palabra, desde la vida y no desde la economía. “Salva vidas ¡Quédate en casa!”. Tal vez la primera vida que salvaremos volviendo a casa sea la nuestra.